

Escuela de Dominatrices

Todas aquellas personas que hayan intentado encontrar una dueña a la que servir saben que ésta no es una búsqueda fácil. Aquéllas que lo hayan probado a través de internet, recurriendo a programas de chat, pueden contar mil anécdotas sobre lo largo y azaroso que resulta el camino y, lamentablemente, muchas de ellas deberán acabar reconociendo que su búsqueda ha acabado de forma infructuosa.

Yo soy una de esas personas que ha tenido que realizar una búsqueda larguísima que ha acabado de una forma bastante peculiar. No estoy exactamente en el lugar en el que me gustaría estar, que es echado a los pies de una mujer que me tomara como su esclavo personal, pero tampoco puedo quejarme del sitio en el que he terminado: la escuela de dominatrices.

Nunca habría podido imaginar que existiera un lugar como éste ni, tampoco, que pudiera haber en él un lugar para mí. Sin embargo, hace ya un año que estoy enrolado en una aventura que ha tenido momentos muy duros pero que está resultando, en su conjunto, una experiencia fascinante.

Mi primer contacto con la escuela fue a través de su propietaria, Madame Úrsula. Ocurrió durante una de esas largas veladas que acostumbraba yo a pasar frente al ordenador, noches en las que siempre acababa dejando que la esperanza se impusiera a la experiencia, y en las que me conectaba al IRC pensando que tal vez en aquella ocasión emprendiera el contacto con la mujer a la que finalmente podría entregarme.

Debo decir que era algo especialmente difícil que pudiera cumplirse mi sueño. Por un lado, había abandonado ya la costumbre que años antes había tenido de ofrecerme a todas las dómicas que entraban en el canal en el que yo estuviese. El tiempo me había enseñado que esta vía era absolutamente inútil: ni una sola mujer había mostrado interés alguno por mí, a pesar de la forma tremendamente respetuosa –cuando no radicalmente humillante- que tenía de presentarme ante ellas.

Por otro lado, si había abandonado ese camino no había sido porque hubiera encontrado otro mejor. Sencillamente, me había resignado a aceptar mi papel en el salón de chat, un papel que en el fondo encajaba con mi forma sumisa de ser. Mi nick, el_siervo, se correspondía con mi actitud en la sala.

Callado, dispuesto a ponerse a las órdenes de quien fuera, arrodillado en un rincón sin molestar a nadie. Debo reconocer que hasta me sentía cómodo en ese rol que sólo yo sabía que desempeñaba.

No obstante, aquella noche ardía en deseos de contactar con alguna dominatriz y, por ese motivo, me atreví a hacer algo que pocas veces hacía: pedir permiso a una de ellas para hablarle en privado. La dama en cuestión, que no era otra que Lady Úrsula, me lo concedió unos minutos después. Nunca sabré por qué demoró tanto su respuesta pero, si fue para conseguir aumentar mi ansiedad, no hay duda de que lo consiguió.

Me hizo unas cuantas preguntas sobre mí, mis experiencias anteriores, mis características físicas... era tan directa en sus preguntas que me sentía ya dominado por ella, por su ritmo, por su autosuficiencia. Cuando consideró que contaba ya con toda la información necesaria, decidió hablarme un poco de ella o, mejor dicho, de la institución que regentaba.

Me explicó que era la propietaria de una escuela de dóminas, lugar del que yo nunca antes había oído hablar, aunque estaba ubicado en mi misma ciudad. Le pregunté en qué consistía y ella me dijo que sobraban explicaciones: el nombre lo aclaraba todo. Debo reconocer que la idea me resultó fascinante sólo con imaginar qué podía esconderse detrás de ella: una inmensa mazmorra llena de aspirantes a dominatriz sometiendo a sus esclavos a toda clase de humillaciones y castigos, un lugar en el que unas expertas revelasen a sus alumnas sus más perversos secretos.

Supongo que no pude evitar mostrar interés por una idea que me parecía tan sugerente y Lady Úrsula lo notó, así que me invitó a visitar la escuela, invitación que yo por supuesto acepté y que me llevó a presentarme ante la puerta de su centro educativo en el día y la hora fijados.

Una chica joven y pelirroja me abrió la puerta y me preguntó qué buscaba. Aunque era verdaderamente atractiva, sus pantalones vaqueros y su suéter amarillo distaban mucho del atuendo de látex que esperaba encontrarme en aquel lugar, así que llegué a pensar que me había equivocado de piso. Aun así, me arriesgué a responder a su pregunta con la verdad.

-Estoy buscando a la señora Úrsula.

La joven me miró entonces de arriba abajo, sonrió y me invitó a entrar.

-Siéntate en una de esas sillas. La señora Úrsula te recibirá enseguida.

Me chocó un poco el tono de voz con el que me dijo aquellas palabras. Ya no era tan amable como al principio y había cambiado el “usted” por el “tú” sin ningún reparo. Más que invitarme a sentarme, me había ordenado que lo hiciera.

Eché una rápida ojeada al recibidor en el que me encontraba. Apenas era distinto al de cualquier otro piso, lo que supuso para mí otra pequeña decepción. Uno siempre deja que su fantasía vuele, así que yo había pensado que la escuela sería lo más parecido, desde el principio, a una especie de castillo medieval o a un lugar parecido a esa granja de OWK que había visto a través de internet.

Unos minutos después, la pelirroja volvió a aparecer.

-La señora Úrsula te recibirá ahora. No te olvides de tratarla con el respeto que merece o te echará a la calle antes de que tengas tiempo de saludarla. Vamos, sígueme.

La voz de la chica, cada vez más autoritaria, no admitía réplica ni yo pretendía dársela, así que la seguí hasta una puerta blanca que estaba cerrada. Mis nervios estaban a flor de piel y no puedo negar que me sentía ya bastante excitado.

-Ahora debes llamar y pedir a Lady Úrsula que te dé permiso para entrar –me dijo la pelirroja mientras se marchaba, dejándome solo frente a la puerta.

Hice lo que se me había dicho: di unos suaves golpes a la madera y esperé respuesta.

-¿Quién es? –se oyó desde el otro lado.

-Soy el siervo –respondí yo, usando el nick con el que nos habíamos conocido.

-Bien, pues espera ahí.

La espera en cuestión se prolongó por unos quince minutos. Durante ese tiempo no pude evitar sentirme algo ridículo en aquella situación. La pelirroja me había dicho que la señora me recibiría enseguida y ésta, en cambio, me hacía esperar de pie frente a su puerta.

Finalmente, Lady Úrsula abrió la puerta y lo que vi ante mí me impresionó profundamente. La señora era una mujer morena, de mediana edad, con una melena larga y sedosa. Tenía un rostro atractivo, aunque de líneas rectas y rictus serio y un cuerpo, por lo que se adivinaba debajo del

vestido negro que llevaba puesto, atlético y bien cuidado. Una mujer tremendamente atractiva, en definitiva, que superó todas mis expectativas.

-¿Qué haces ahí plantado? –me preguntó.

-Estaba esperándola, señora –respondí un tanto titubeante. La pregunta me había pillado por sorpresa.

-Pues debes saber que a mí se me espera de rodillas.

Y dicho esto cerró de nuevo la puerta, dejándome otra vez solo en el pasillo y con una sensación de estar haciendo el ridículo mucho más acentuada todavía que antes. Pensé que acababa de perder mi oportunidad y eso me dolía más aún ahora que había visto cómo era la señora a la que esperaba poderme entregar. Pero, por otro lado, si quería echarme podía haberlo hecho ya. ¿Qué esperaba de mí? ¿Qué me fuera o que me arrodillara?

No había forma de saberlo, así que la decisión era mía. Las consecuencias de esa decisión, ya se verían. Y como no podía ser de otra forma, lo que hice entonces fue arrodillarme.

Estuve en esa posición durante cerca de veinte minutos más y entonces ella volvió a abrir la puerta. Esta vez sólo vi las sandalias que llevaba y los largos y cuidados dedos de sus pies, puesto que no me atreví a levantar más la vista, mostrándole así mi respeto.

-Veo que sigues aquí. ¿Sigues queriendo conocer mi escuela?

-Es lo que más deseo, señora.

-Bien, pues levántate. Por ahora eres sólo mi invitado.

Obedecí aquella orden, así como también la de acompañarla hasta una mesa de despacho tras la que ella se sentó. Yo permanecí de pie, sospechando que cada uno de mis movimientos estaba siendo severamente estudiado y sólo me senté cuando ella me indicó que lo hiciera.

-Como ya te dije la otra noche, mi escuela está teniendo mucho éxito. Cada vez son más las mujeres que se deciden a explorar su lado dominante y que quieren aprender la mejor forma de hacerlo. En definitiva, tengo más clientas cada día que pasa. Y eso hace que necesite también más material, incluyendo más material humano. No sé si me entiendes.

-Creo que sí, señora.

-Muy bien. En estos momentos dispongo de cinco esclavos de la escuela. También tengo dos más que son de mi propiedad, pero esos son sólo

para mí y en raras ocasiones los traigo aquí. No quiero que ninguna novata pueda dañarlos. Esta plantilla se me está quedando corta, así que necesito más esclavos. ¿Estás interesado en ser tú uno de ellos?

La pregunta era directa y llegaba pronto, más pronto de lo que yo esperaba.

-Me gustaría mucho poder servirla, señora.

-Eso no lo dudo. Pero quiero que tengas clara una cosa: no vas a ser mi esclavo, sino el esclavo de la escuela. No me servirás a mí, sino a cualquiera que venga aquí a aprender a ser una buena dómina. No sé si es eso lo que andabas buscando.

-No es algo que me hubiera planteado, señora, pero es que no sabía que existiera un lugar como éste.

-De acuerdo. Vamos a echar una ojeada a las instalaciones. Cuando acabemos, podemos seguir hablando.

Me pareció una buena idea. Me despertaba mucho morbo la posibilidad de visitar la escuela y el recorrido no me defraudó. El piso resultó ser mucho más grande de lo que yo esperaba y estaba mejor acondicionado de lo que había soñado en mis fantasías.

Guiado por Lady Úrsula, fui conociendo las distintas estancias. Había un total de ocho salas de castigo perfectamente preparadas para el tormento de esclavos. Cada una de ellas estaba dispuesta de una manera distinta y dotada de elementos que la hacían más adecuada para unas prácticas o para otras. Me gustó especialmente una que estaba dominada por un gran trono frente al que se levantaba una cruz de San Andrés. La idea de ver a una dómina sentada en ese trono mientras su esclavo era torturado en la cruz por otra me resultaba especialmente morbosa.

También me impactó lo que ella llamó "la perrera". Era una habitación llena de jaulas para perro en la que, según me explicó, se ponía a los esclavos para que esperasen ahí su turno para ser usados. En ese momento, como el resto de la escuela, estaba totalmente vacía. Sin embargo, tenía una fuerza propia, una fuerza que parecía estar gritándome para que me uniera a esa extraña institución.

Lo mejor, sin embargo, fue la última sala que visité. Era la más amplia de todas y en su centro había una especie de patíbulo. Según me explicó Lady

Úrsula, en ese lugar se celebraban clases colectivas en las que ella misma explicaba a sus alumnas, mediante el castigo público de algún esclavo, las técnicas que formaban parte “del programa del curso”. Se usaba también para otros menesteres como fiestas, subastas o cualquier otro evento para el que se esperara la participación de muchas personas.

-¿Te ha gustado mi escuela? –me preguntó finalmente.

-Sí, señora, me ha gustado mucho.

-¿Y has decidido ya si quieres formar parte de ella?

-Sí, señora. Si usted me acepta, me gustaría formar parte de su escuela.

-Muy bien, buen chico. Ahora quédate aquí. Dentro de un momento vendrá Lorena y se encargará de ti. Luego volveremos a vernos.

Me quedé de nuevo a solas pero, en esta ocasión, mis ojos no tenían tiempo para aburrirse. Me había dejado en la gran sala, por lo que tenía un montón de cosas en las que fijar mi atención. El patíbulo era sin duda una imagen muy poderosa, pero también lo era la zona en la que se encontraban colgados los instrumentos de tortura, así como el trono que presidía también aquel gran salón. Me imaginé que Lady Úrsula sería la única que podía usarlo en las reuniones con sus alumnas, puesto que al fin y al cabo ella era la propietaria, la directora, la jefa de aquel lugar y eso se tenía que reflejar de algún modo.

Mi fantasía se disparó al instante y empecé a casi poder ver un sinfín de escenas de dominación de las que tanto había ansiado formar parte. Tan absorto estaba que apenas me di cuenta de que la mujer a la que Lady Úrsula se había referido, la tal Lorena, había entrado en la sala y estaba llamándome. Me di la vuelta y vi de nuevo a la misma chica pelirroja que me había abierto la puerta. En esta ocasión, sin embargo, vestía una lencería de cuero que nada tenía que ver con las ropas que llevaba antes y que me sirvió para confirmar lo que ya había sospechado: era una mujer de una belleza espectacular.

-Lady Úrsula me ha dicho que quieres formar parte de la perrera de la escuela.

-Sí, señora –respondí yo tratándola con el máximo respeto.

-Muy bien. Tu deseo de incorporarte a nuestra perrera es un primer paso, pero no es el definitivo. Para que de verdad puedas estar aquí, debes

superar primero la prueba de acceso. Como en cualquier escuela, sólo que aquí se examina también al material.

Era la segunda ocasión en que se usaba esa expresión, “el material”, para referirse a los sumisos de la escuela. Me pareció muy adecuada.

-Desnúdate –me ordenó secamente Lorena.

Hice lo que ella me había dicho y dejé mis ropas en el suelo. Entonces ella se me acercó y me dio un fuerte bofetón.

-No vayas ensuciándolo todo. Coge tus ropas y sígueme.

Con la mejilla ardiendo y avergonzado por la situación y por lo ocurrido, seguí a la joven hasta un pequeño cuarto en el que había unos cubos en el suelo.

-Echa tu ropa en cualquiera de ellos y ven conmigo.

La seguí de nuevo, soñando con que me llevara ante Lady Úrsula para mi “prueba de acceso”, pero no fue así. Me llevó a una de las salas que anteriormente había visto, una en cuyo centro había unos grilletes colgando del techo. No resultó difícil adivinar qué iba a pasar a continuación. Efectivamente, me encadenó a los grilletes y, con un mecanismo eléctrico, tiró de las cadenas hacia el techo, hasta que yo sólo tenía contacto con el suelo poniéndome de puntillas.

-Muy bien, perro, ahora va a comenzar tu iniciación. Espero que des la talla.

Durante la media hora siguiente, hice todo lo posible para superar mi prueba de acceso, soportando todos los castigos que Lorena, que se reveló como una sádica sin contemplaciones, quiso inflingirme. Me azotó con la fusta, con varios gatos y hasta con una caña, aunque los golpes que me dio con ésta fueron afortunadamente muy pocos.

Al principio de la sesión traté de contener mis gritos, pero no me resultó posible. El castigo era demasiado intenso y acabé por derrumbarme. A ella no pareció importarle, aunque sí que se notaba que no le gustaba oírme berrear, por lo que no tardó en ponerme una incómoda mordaza de bola que añadía a la quemazón de mi piel la incomodidad de tener las mandíbulas tan separadas.

Cuando se cansó de flagelarme, desató mis muñecas y me hizo ponerme a cuatro patas. En esa posición, me ordenó lamer sus pies –cosa que

hice encantado- mientras ella se divertía arrojándome encima cera caliente o arañándome con una espuela.

-Has pasado la primera parte de la prueba –me dijo mientras yo seguía concentrado en sus pies-. No he sido especialmente dura pero, si consigues quedarte aquí, ya tendrás tiempo de aprender qué significa sufrir de verdad. Yo misma me encargaré de ello. Ahora quédate aquí tal y como estás. Lady Úrsula vendrá a terminar tu iniciación.

Me mantuve a cuatro patas en el centro de la habitación durante cerca de otra media hora, que es lo que la señora de la casa tardó en llegar, acompañada por la que deduje que era su ayudante o alumna aventajada, la cruel Lorena. Ésta le fue explicando lo que me había hecho, señalando las marcas que había dejado en mi piel y burlándose de la forma en que yo me había quejado durante el castigo.

No podía verlas porque hablaban a mis espaldas y yo no me atrevía a darme la vuelta, consciente de cuál era mi rol en aquel sitio. Poco después, sin embargo, vi de nuevo las sandalias de Lady Úrsula frente a mí.

-Levanta la cabeza –me ordenó.

Yo lo hice y pude ver que también ella había cambiado su elegante vestido negro por un corsé finamente decorado y un tanga que se escondía debajo de algo que llevaba ceñido a su cintura, algo que apuntaba amenazante hacia mí. Se trataba de un largo aunque estrecho falo negro de plástico que ella llevaba puesto en un arnés.

Debió de advertir en mis ojos el respeto que aquel instrumento me infundía, porque soltó un par de carcajadas antes de preguntarme si mi culo era virgen. Yo le respondí que no, que una dueña que había tenido ya se había encargado de abrírmelo bien, aunque de eso hacía ya mucho tiempo.

-Bien, pues vamos a recuperar ese tiempo perdido –me dijo-. Chúpalo.

Obedecí su orden, disfrutando de la humillación del momento, sintiéndome totalmente entregado, que es como me sentí también cuando se puso detrás de mí y me clavó el falo en el culo. Lo hizo a un ritmo frenético, dejando que aquel mango de plástico llegara hasta lo más profundo de mi interior para comunicarme, de una forma directa y bruta, que me había convertido ya en esclavo de aquella institución.

Sin embargo, había un último ritual por cumplir: el bautizo. Lady Úrsula me lo anunció mientras todavía estaba enculándome y me ordenó que se lo pidiera yo mismo.

-Se lo suplico, señora –le dije yo, embriagado de sumisión- regáleme su bautizo, permítame así formar parte de su escuela.

Y mi súplica fue escuchada. Justo después, Lady Úrsula se marchó de la sala sin decirme ni una sola palabra y me dejó echado en el suelo cubierto por su orina. Lorena, más práctica, me ordenó que lo limpiara todo con un cubo y una fregona y que, después, me marchara. Su despedida fue seca, pero clara.

-Mañana, a las diez de la noche, preséntate de nuevo aquí. No queremos hacer esperar a las clientas.